



En el décimo aniversario luctuoso de Elena Garro

René Avilés Fabila habla de **Elena Garro**

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

En mi afán por ir atando los cabos sueltos en la construcción de la vida de una de los escritores e intelectuales más relevantes y fascinantes de la literatura mexicana, Elena Garro, en el inicio del nuevo milenio, allá por el año 2000, cuando preparaba *Testimonios sobre Elena Garro* (Ediciones Castillo, 2002), el segundo volumen de la biografía de la autora de *Los recuerdos del porvenir*, *Un hogar sólido*, *Felipe Ángeles*, *La semana de colores*, *Testimonios sobre Mariana*, *Inés*, *Y Matarazo no llamó...*, entre otras de sus obras maestras de la literatura universal, me encontré con el suplemento cultural del periódico *Excelsior*, *El Búho*, en aquel entonces dirigido por el escritor, periodista y maestro René Avilés Fabila. La edición del 31 de diciembre de 1989 de dicho suplemento estaba dedicada a Elena Garro, y Avilés Fabila, el autor de *El amor intangible* (Axial, 2008), su más reciente novela, pugnaba por una total y sincera revaloración de Elena Garro, como persona y como escritora. Desde entonces supe que estaba frente a un verdadero intelectual, un hombre honesto que no había caído en la tentación de las prebendas del erario, es decir, un auténtico escritor.

Hoy, a diez años del deceso de Elena Garro, me dirijo a uno de los amigos más sinceros de Elena Garro, a uno de los intelectuales que no le teme al poder, que defiende con entereza e integridad día con día la batalla de actuar como conciencia de su tiempo, como lo fueron Antonieta Rivas Mercado, José Vasconcelos, Nellie Campobello, Elías Nandino, como lo

es María Luisa La China Mendoza... y le pregunto al incansable promotor cultural, René Avilés Fabila:

René Avilés Fabila, ¿quién es para ti Elena Garro?

RAF: Sin duda la mejor escritora de México. Yo soy de los que piensan que luego de Sor Juana no hay otra escritora de tan alto nivel. Aparte es una mujer indefensa, víctima de una sociedad brutal y un tiempo demencial. Nunca debió hacer periodismo, jamás debió entrometerse en la sucia política nacional, pero la historia por desgracia no se hace así, con supuestos, el caso es que escribió un periodismo crítico en una época en que estaba prohibido y para colmo trató de proteger a los campesinos, el sector más desamparado del país.

A diez años del fallecimiento de la autora de Los recuerdos del porvenir, ¿cómo ubicas a Elena Garro en la literatura del siglo xx?

RAF: Por desgracia sigue mal situada. Los rencores y odios que su persona y conducta crearon en la década de los sesenta, persisten y entonces nadie o muy pocos la estudian debidamente. Le escamotean los homenajes, los reconocimientos. Sin embargo, poco a poco su literatura va ocupando el lugar destacado que merece. Octavio Paz es un gran literato, pero ella no es una figura menor, ¿por qué no entonces reconocerlo? ¿Porque así lo quieren los antiguos súbditos del poeta o así lo demanda hoy la viuda y la corean personas envidiosas como Carlos Monsiváis y Elena Poniatowska?

¿Por qué has sido uno de los pocos escritores e intelectuales que ha defendido y revalorado a Elena Garro después del 68

RAF: Por pura admiración, por puro amor hacia su obra y su persona, tan frágil y desamparada, tan lejos del Dios en el

que ella creía. Soy por completo distinto a Elena, yo he sido, por ejemplo, ateo y militante marxista, pero no ciego y la literatura de Elena Garro me despertó siempre una enorme admiración. Ella vio en el 68 una amenaza para México, yo lo vi como un movimiento esperanzador. He contado que la conocí personalmente en la embajada cubana en México, allá por 1964 ó 65, en los años iniciales de la Revolución de Castro y Guevara: su belleza física me deslumbró, pero me dio la impresión que su hermosura y serenidad interna eran lo más valioso que poseía. Así pude comprobarlo muchos años después, cuando la conocí personalmente en París, en 1991, y comenzó la amistad.

A diferencia de muchos profesores, siempre has incluido las novelas y cuentos de Elena Garro en tus cursos, ¿qué experiencias memorables has tenido con tus alumnos y alumnas en tus clases?

RAF: Al principio quise experimentar y les pedí libros como *Los recuerdos del porvenir*, que es una novela compleja. Luego me fui hacia los cuentos. En todos los casos los alumnos se impresionaban y terminaban preguntándose por qué no era famosa, por qué hasta ahora estaban leyéndola, por qué ese vacío a su alrededor. Creo que la mayoría descubría dos cosas: su brillante literatura y la ausencia de crítica literaria en México o la incapacidad para aceptar a una escritora que no pensaba como lo hacen las figuras más conocidas en el ámbito intelectual. Su espíritu crítico, que manifestó en su repudio a la cobardía de nuestros artistas y escritores, les desconcertaba. Espero que sigan siendo sus lectores y la defiendan como nosotros lo hemos hecho, Patricia.

¿Cuáles son las características relevantes que hacen de la obra de Elena Garro un clásico de las letras universales?

RAF: No sus temas porque a veces son locales, la forma en que supo tratar cada historia, cada novela, cada pieza de teatro. Creo que su enorme cultura y sensibilidad le permitieron escribir para todo el orbe y no sólo para los mexicanos. Su prosa y sus temas son profundamente universales, captó como pocos el espíritu del ser humano, su grandeza, sus debilidades, supo crear personajes memorables. A los nacionales, como Felipe Ángeles, les dio una dimensión enorme, una proyección que cala en cualquier ser humano, sea mexicano o ruso, norteamericano o argentino.

A ti, como escritor, ¿te influyó la obra de Elena Garro? De ser así, ¿cómo, en qué sentido? ¿Podrías explicarnos?

RAF: Por desgracia en nada me influyó, soy un escritor muy distinto, estoy en la tesitura de Swift, Kafka, Borges o Arreola, sobre todo en mis cuentos. Aunque leí muy joven *Los recuerdos del porvenir* y “La culpa es de los tlaxcaltecas”, otras influencias me han hecho narrador. En el periodismo sí está su presencia o hay afinidades, no sé cómo calificar esta relación. Como el de Elena, mi periodismo es muy crítico, severo, como ella creo que los intelectuales mexicanos tienen más defectos que virtudes. Viven deslumbrados por el poder que a Garro nunca impresionó. Paz era un hombre de poder, como lo son Monsiváis y Poniatowska y todos lo han utilizado para su propio bien, para obtener más fama y mayores reconocimientos. Elena lo detestaba, le temía, intuía que era el mayor peligro de la sociedad, una permanente amenaza y en ello coincidía con los pensadores marxistas y anarquistas. No hay duda que soy un escritor que molesta e incomoda, tengo demasiados enemigos y tal vez no sean gratuitos. Como Elena los he obtenido de un periodismo crítico y directo.

¿Por qué crees que Elena Garro sigue siendo una escritora olvidada?

RAF: Por lo que he dicho arriba. Si Elena hubiera sido una mujer sumisa, bien portada con su marido, con los intelectuales y con el gobierno, su situación sería otra y ella nunca hubiera sido Elena Garro, arrogante, temerosa, ingenua, distinta, irrepetible, talentosa, valerosa, digna...

¿Qué experiencias conoces respecto al ocultamiento de Elena Garro?

RAF: Sin duda hay un tenaz esfuerzo por borrarla de la historia nacional. Te cuento algo que ya hice del conocimiento público en un texto leído en Bellas Artes en la presentación de un libro tuyo, Patricia. La UNAM tiene una espléndida colección llamada Pequeños Grandes Ensayos, la conduce un grupo de intelectuales y académicos distinguidos. Uno de los títulos más recientes es *Crónica trunca de días excepcionales*. Es el número 40 de la serie. Se trata de un trabajo periodístico que Octavio Paz escribió para la revista *Mañana* en 1945. Cubría la hazaña de conformar un nuevo orden mundial: la Conferencia de San Francisco. En el prólogo, Antonio Saborit hace un agudo recuento de esos días intensos y al final viene una breve cro-

nología de Octavio Paz. El libro es muy importante, permite conocer más ampliamente la faceta periodística del poeta, algo que no dejó jamás. Lo perverso es que la edición original fue destruida y sustituida por una nueva, cuyas modificaciones son apenas perceptibles. Los mil ejemplares guillotizados por la UNAM contenían dos líneas, solamente dos, que indicaban lo siguiente: "1937. (Octavio Paz) Termina sus estudios universitarios. Se casa con Elena Garro, asisten juntos al Congreso de Escritores Antifascistas en Valencia, España, donde conoce a Pablo Neruda". La edición que sustituyó a la destruida, ya no tiene esos datos. Es decir, el matrimonio de Octavio Paz y Elena Garro no existió, en consecuencia jamás viajaron a España en plena Guerra Civil. ¿Qué ocurrió? ¿Resurgió el fantasma de las diferencias abismales entre Paz y Neruda? No. Es de presumir que la viuda del poeta mexicano, o alguien cercano a la pareja, se haya molestado con esa cronología y decidió modificarla de manera grave. Aquí podemos hablar de traición al espíritu plural de la UNAM. Nos guste o no, Octavio y Elena estuvieron casados y se amaron y se odiaron. Ambos, para fortuna de las letras nacionales, eran talentosos en exceso. Algún día comenzare-

mos a leerlos sin hablar de sus biografías y de su vida en común. Entonces (me temo que serán otras generaciones) será posible descubrir la grandeza de Elena Garro, una mujer osada, sensible y llena de literatura, al parecer invisible en la biografía perfecta de Paz. Al día siguiente de hacer la denuncia, del diario *Reforma* me entrevistaron: les di todas las pruebas de la aberración, incluso les mostré los dos ejemplares del libro, el antes y el después, la canallada. El reportaje que apareció al día siguiente se inclinaba por la palabra de la viuda de Paz y la mentira de los burócratas de la UNAM.

¿Tienes alguna anécdota con Elena Garro que quieras compartir?

RAF: Muchas, pero en este momento las que recuerdo son irrepetibles.

¿Qué les dirías a los jóvenes escritores y lectores?

RAF: No mucho, simplemente que la lean, que hagan caso omiso de sus críticos y detractores, que la lean, que dejen de lado su biografía y su tormentosa relación con Octavio Paz. Que estudien sobre todo su literatura y en función de ella la valoren. Es todo. 🐝



¿Quieres publicar y no encuentras la manera?
Ala de Avispa es la respuesta.

Visítanos en
www.aladeavispa.com
y conoce las opciones que podemos ofrecerte.

¡Porque tú también formas parte del proceso de edición!

Durante todo el mes de septiembre:
20% de descuento en nuestros libros

La pena de muerte y el paraíso de los delincuentes

FRANCISCO JAVIER GUERRERO

Recientemente, en una emisión de radio, el exdirigente estudiantil Marcelino Perelló declaró que, de existir la pena de muerte en México, se exiliaría del país. Sospecho que hay algunos tipos malintencionados a los cuales les gustaría que en el país hubiera pena de muerte con tal de lograr el destierro de Marcelino.

Es evidente que, por otro lado, miles o quizá millones de mexicanos no están de acuerdo con Perelló. En nuestro país la delincuencia se he enseñoreado. Los narcotraficantes asesinan cotidianamente a muchas personas. El secuestro se ha convertido en un gran negocio. Las autoridades en el Estado de México han informado que los plagios se incrementaron un 62 por ciento en 2008 (fueron 72 en 2007 y en siete meses de 2008 van 60, lo que expresa ese aumento en relación al mismo periodo del mes anterior). En Tabasco, Baja California, Chihuahua, Jalisco y el Distrito Federal esta repugnante práctica va en aumento; ningún estado de la República está libre de este mal. Además de la delincuencia organizada, la común también ha tenido un repunte. Abundan en el país los homicidios, robos, latrocinios, fraudes, peculados, trata de blancas, prostitución y pornografía infantiles, etcétera. En este marco, una gran cantidad de hombres y mujeres claman por la implantación de la pena de muerte en México (por lo demás, ésta es gozosamente practicada por multitud de hampones en tierras aztecas).

Se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que el combate a la delincuencia en México casi no existe. Llama la atención la extraordinaria incapacidad del Estado ya no digamos para acabar con la delincuencia, sino tan sólo para debilitarla un poco. Los diversos funcionarios de los tres principales partidos políticos y que tienen a su cargo variados organismos gubernamentales (a nivel federal, estatal y municipal), han mostrado una increíble ineptitud al respecto. En nuestro país el Estado no cumple con una de sus obligaciones sustanciales: garantizar la seguridad de la población. Pero, además, hay que preguntarse: ¿se trata tan sólo de un problema de incompetencia? Recordemos lo que decía Giovanni Falcone, un ilustre juez asesinado por la *Maffia* italiana. Según él, el auge del narcotráfico en un país (y agrego que el de cualquier tipo de delincuencia organizada) implica la complicidad oficial. Por lo pronto, se sabe muy bien que nuestras corporaciones policíacas cuentan con membresías en las cuales se hallan muchos individuos coludidos con la delincuencia.

¿Es la pena de muerte una solución al problema del reinado de la delincuencia en México? La respuesta me parece definitivamente negativa. ¿No es acaso la llamada *América* por los norteamericanos – o sea, los Estados Unidos – otro paraíso de la delincuencia? Es una nación con una enorme cantidad de homicidios, hurtos, asaltos, violaciones y otras lindezas. Es el país con mayor número de asesinos seriales; el país donde con notoria frecuencia aparecen criminales infantiles o adolescentes en las escuelas. En E.U. las prisiones están repletas; más de dos millones de personas se encuentran en ellas. Al mismo tiempo, es un país en donde se practica constantemente la pena capital, que no parece ser un sólido dique contra los terrores delictivos.

Pero, además, pasemos revista a un fenómeno. Hagamos una lista con los nombres de los más famosos *gangsters* que han existido en los E.U.: Al Capone, Bugs Moran, Lucky Luciano, Bugsy Siegel, Frank Giancana, *Legs* Diamond, etcétera. Todos ellos eran unos matarifes evidentes y causaron las muertes de miles de personas. Es de notar que varios de ellos murieron violentamente, abatidos por hampones rivales (así Capone, por ejemplo, asesinó bestialmente a sus excómplices ejecutores de la espantosa matanza de San Valentín).

Pero casi ninguno de estos superasesinos sufrió la pena de muerte estatuida legalmente. Alguien puede alegar que las “fuerzas del orden” acabaron con las vidas de Johnny Dillinger y de la famosa pareja de Bonnie y Clyde (por cierto, a estas personas no se les sentenció judicialmente al cadalso, simplemente se les asesinó, y en el caso de Bonnie y Clyde, fueron bestialmente masacrados, como se muestra en un famoso film de Arthur Penn). Pero estos tres personajes no eran más que “rateros” en grande, no eran gangsters-empresarios, como Albert Anastasia o Johnny Roselli, bastante tolerados por el gobierno. Capone llegó a ser encarcelado por evasión fiscal, pero nunca fue juzgado por sus innumerables homicidios, pese a que sobran las pruebas en su contra.

Es evidente que si en los E.U. se cuenta con un buen acervo de capital y buenos abogados, se puede librar la pena de muerte e incluso gozar de libertad. La pena de muerte se aplica a los “pobretones”, de preferencia si son latinos o afroamericanos (el señor George Bush Jr, cuando fue gobernador de Texas, no cejó en estar mandando al Más Allá a muchos mexicanos). En México, la discriminación clasista y racial funcionaría también de manera notable.

Se ha documentado también fehacientemente que la pena de muerte se ha aplicado a muchas personas que eran inocentes, y en los propios E.U. ha habido varios libros, filmes, obras de teatro y otras muestras al respecto. Pienso que en México estas patéticas equivocaciones se darían a granel, dada la incompetencia de muchos funcionarios judiciales. Y también se podría mandar al patíbulo a muchas personas, mas no por error, sino por soborno, por compra de funcionarios.

La pena de muerte, además, es un magnífico instrumento en manos de estados represores y explotadores; es un pilar de la represión política. Muchos gobiernos del mundo clasifican como delincuentes a sus opositores y después los mandan a asesinar “legalmente”. En la Unión Soviética, el dictador Stalin se habituó a acusar a los disidentes de “saboteadores, terroristas, agentes del imperialismo, asesinos y violadores de mujeres”, con objeto de mandarlos al paredón. Recordemos que en los E.U. se imputó un delito común a los anarquistas Sacco y Vanzetti, y se les condenó a muerte. En realidad, se les asesinó

por sus ideas anarquistas, lo cual ya es reconocido en la patria de Lincoln, después de más de 80 años de cometido el crimen en contra de esos dignos trabajadores.

Es una necesidad combatir la pena de muerte aplicada por hampones con la pena de muerte aplicada por la “gente decente”. Lo que es urgente y apremiante es acabar con las “fábricas de delincuencia”; encontrar las causas de la aparición y proliferación de los delitos y tratar de eliminarlas con los métodos más eficaces. Por supuesto, no es nada fácil. En México, la delincuencia común aparece como consecuencia del hambre, la miseria, explotación, opresión y discriminación de la mayoría del pueblo (incluso es de notar que la mayoría de esta mayoría vive honestamente de su trabajo, pese a su situación de penuria). Y la delincuencia organizada es una típica empresa capitalista que debe ser combatida mediante la democratización y la profundización de la participación popular en los ámbitos fundamentales de decisión del Estado. Este tipo de delincuencia se da porque estas condiciones no existen en México ni en muchos países más. ■



Alejandro Chacón

El ángel de la muerte: corazón del barrio bravo

JEANETTE MUÑOZ

Un olor dulzón, a guayaba podrida, se extiende por todo el templo. Festín de moscas: vuelan, se posan sobre las paredes manchadas, las sillas de plástico grises de mugre, las flores, las frutas en descomposición, el adorno de noche buenas artificiales colgado de la pared en pleno mayo... ávidas, succionan la sangre de los fieles que musitan una oración con la mirada sumisa de quienes se saben en presencia de un superior.

La Niña Blanca Santita, la Catrina, la Flaquita, para mayores señas, la Muerte, observa impávida, mientras exhibe su traje blanco. La cabellera larga empuja al vacío de los ojos, a la sonrisa fría y a la mano descarnada, larga, que se extiende a los feligreses.

Arrastrándose, entra una mujer al templo. Parece más vieja de lo que realmente es, su cara refleja angustia, dolor y una completa fe en la imagen a la que se acerca. “Nunca me falla”, explicará más tarde, haciendo referencia al “ángel bueno”, a la muerte representada como una mujer con alas. “Le he pedido de todo, menos dinero, porque ése me lo ganó yo con mi trabajo. Es muy milagrosa”, explica la penitente, al fijar sus ojos en el altar principal, donde “la Santa” es la invitada central en un espacio que debe compartir con esculturas más familiares: un niño Dios, un Cristo agonizante en la cruz, la *mater* dolorosa y, por supuesto, Lupita, quien, por esta vez, ha de conformarse con compartir un rincón, con unas plantas y una olla tamalera abandonada.

Al número 35 de la calle Bravo en Tepito, llegan parejas, matrimonios con niños, mujeres de brazos tatuados con osamentas y guadañas, hombres, borrachos que, a gritos, demuestran su afecto por “la Niña” y quienes, a toda costa, buscarán la oportunidad de regalarla con una canción: “la letra es lo de menos, lo importante es que salga del corazón”. Acuden al toque de las campanas. A las cinco comienza el rito. El sacerdote, de atuendo morado, preside los rezos. Ella, la alabada, es la Jefa, la patrona de carteristas, prostitutas, maras, ladrones, presos y narcos; pero también de aquellos a quienes “no les cumplieron” ni San Judas ni la Virgen de Guadalupe.

“Con la brujería de hoy”, anuncia el padre Carlos, “vamos a pedirle a la Santa que nos libre de las envidias, del mal de ojo, de los hechizos y las maldiciones; ya verán hermanitos, en esta misma semana se nos concederá lo que estamos pidiendo”. Las personas escuchan; esperanzadas, se “limpian” el cuerpo con las veladoras compradas segundos antes en un aparador frente a la oficina (dos por cincuenta pesos), las frotan sobre sus cabezas, levantan brazos y piernas. Al terminar, la ayudante pasa a encender las mechas; en su mano izquierda lleva una red, donde va recogiendo las limosnas, mientras el sacerdote dirige el canto: “representamos el vino y el pan, bendito seas por siempre, Señor”.

Tras la comunión, los fieles salen del templo, con ellos llevan imágenes rociadas con agua bendita. Parece que la Santa los sigue: en muchas esquinas de la colonia Morelos pueden verse altares dedicados a ella. Se muestra de todas las maneras imaginables, desde aquellas agresivas, más propias de las playeras de los metaleros, hasta las simpáticas y engalanadas, cuyo modelo fueron los grabados de José Guadalupe Posadas, pasando, claro está, por la clásica de túnica negra y guadaña, y la de cabello largo, coronada con una tiara de plástico dorado o de fantasía.

“En todo, seño, en todo me ha ayudado mi madre. Yo vengo desde Guanajuato nada más a verla, allá toda mi familia y conocidos creen mucho en ella”, cuenta orgullosa Margarita Ortiz, frente a las decenas de flores que adornan el altar de la esquina de Alfarería y Mineros, uno de los más concurridos de Tepito, por su tamaño y antigüedad (6 años, explica Enriqueta Romero, dueña del lugar).

El culto a la Santa Muerte, cuyos orígenes aún no son del todo claros, se ha multiplicado, según la maestra en Antropología social, Katia Perdigón, durante los últimos 15 años, dando lugar a la proliferación de centros de culto improvisados y a la popularización de fetiches vendidos en tianguis de la Ciudad de México y de varios estados de la República.

El 12 de agosto del 2007, David Romero, considerado arzobispo primado de la Iglesia Santa, Católica, Apostólica, Tradicional México-Estados Unidos (la Secretaria de Gobernación señaló el 22 de noviembre de ese año que la iglesia carecía de personalidad jurídica, por lo cual tiene prohibido ostentarse como asociación religiosa) canonizó al “Ángel de la Santa Muerte”, una figura de bulto con forma de mujer alada; sin embargo, los creyentes prefieren venerar a la imagen tradicional de la osamenta, pues ella representa, de forma más fiel, el miedo y la violencia de nuestros días. ■